

9716

PORVENIR
DE
LOS PUEBLOS CATÓLICOS
ESTUDIO DE ECONOMÍA SOCIAL
POR
EMILIO DE LAVELEYE

MIEMBRO DEL INSTITUTO DE DERECHO INTERNACIONAL,
DE LAS REALES ACADEMIAS DE BÉLGICA, DE MADRID Y DE LISBOA,
CORRESPONSAL DEL INSTITUTO DE FRANCIA,
OFICIAL DE LA ACADEMIA DE LA UNIVERSIDAD DE FRANCIA, ETC.

VERSIÓN CASTELLANA

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
LIBRERIA NACIONAL Y EXTRANJERA
59, JACOMETREZO, 59

1877



5.º 16

PORVENIR

DE

LOS PUEBLOS CATÓLICOS

ESTUDIO DE ECONOMÍA SOCIAL

POR

EMILIO DE LAVELEYE

MIEMBRO DEL INSTITUTO DE DERECHO INTERNACIONAL,
DE LAS REALES ACADEMIAS DE BÉLGICA, DE MADRID Y DE LISBOA,
CORRESPONSAL DEL INSTITUTO DE FRANCIA,
OFICIAL DE LA ACADEMIA DE LA UNIVERSIDAD DE FRANCIA, ETC.

VERSIÓN CASTELLANA



SECUNDA EDICIÓN

81.382

B. 1655

MADRID
LIBRERÍA NACIONAL Y EXTRANJERA

59, JACOMETREZO, 59

1877

PREFACIO

Este estudio que por segunda vez sale á luz en España, se ha publicado ya en Enero del año pasado con otro título en la *Revista de Bélgica*. Su autor, M. E. de Laveleye, corresponsal del Instituto de Francia, es bastante conocido para que se necesite decir el valor que tienen las obras que llevan su nombre.—Esta última produccion del sabio profesor de Liège tiene una importancia considerable, porque trata uno de los asuntos más graves que puedan preocupar la opinion pública en nuestro país.

Las palabras de M. de Laveleye son graves, pero extrañas á todo espíritu de partido, porque vienen de un sabio, cuyas obras dan autoridad. Si juzga al *ultramontanismo* con severidad, declarándole un peligro social, no debe olvidarse que no lo hace bajo la influencia de un odio de secta, puesto que es católico; si ha señalado con mano valiente las debilidades y faltas de los hombres de la República vecina, no se le acusará de estrechez ó de reaccion, puesto que es uno de los jefes más estimados y más honrados del partido liberal en Bélgica.

Para juzgar los hombres y las cosas de este tiempo, se necesita saber buscar la verdad con un espíritu de verdadera independencia. Aquí está el noble ejemplo que ha dado M. de Laveleye; bien merece señalarse y mejor aún seguirse.

EL TRADUCTOR.

PORVENIR
DE
LOS PUEBLOS CATÓLICOS.

ESTUDIO DE ECONOMÍA SÓCIAL.

I.

Hoy se habla mucho de la decadencia de las razas latinas. Declinan rápidamente, se dice, y el porvenir pertenece á la raza germánica, así como á la raza slava.

Yo no creo que los latinos estén condenados á declinar en razón á la sangre que corre por sus venas, es decir, á consecuencia de una causa fatal; fatal, porque un pueblo no puede cambiar de naturaleza ni modificar su constitución física; pero lo que parece resultar de la historia, y sobre todo de los sucesos contemporáneos, es que los pueblos católicos progresan menos rápidamente que las naciones que han dejado de serlo, y que relativamente á estas últimas parecen retrogradar. El hecho es tan palpable, que los mismos obispos y su órgano en Francia, *L'Univers*, hacen de él un texto de reproches á los católicos infieles.

Diferentes motivos me impiden atribuir á influencias de raza este hecho, que no puede negarse.

Es cierto que el destino de las naciones depende en parte de su constitución física. Y aun remontándonos al origen, no se encuentran más que dos causas que puedan explicar los diferentes desti-

nos de los diversos pueblos: la raza y la latitud; la constitucion del hombre, por una parte, y por otra la influencia de la naturaleza exterior, el clima, la situacion geográfica, los productos del suelo, el aspecto de los lugares, la alimentacion. Pero en la actualidad, cuando se trata de naciones que tienen una sangre tan mezclada como los pueblos europeos, y que además descienden de un tronco comun, es muy dificil atribuir los hechos sociales á la accion de la raza, con una certidumbre algo científica.

Los ingleses entienden mejor que los franceses la práctica del régimen parlamentario y de las libertades políticas. ¿Es por la influencia de la sangre? No lo creo, porque hasta el siglo XVI, Francia, España é Italia tenian libertades provinciales muy semejantes á las libertades inglesas. La única diferencia notable era que éstas tenian un régimen centralizado (por órgano un Parlamento único) que se manifestó bastante fuerte para tener á raya al trono. Habiendo unificado la conquista normanda á la Inglaterra, pudo constituirse un Parlamento unitario, y siendo muy fuerte el trono, se unieron para combatirle la nobleza y las comunidades, mientras que por otra parte estuvieron en lucha constantemente.

Los destinos de la Francia y la Inglaterra no llegaron á ser del todo diferentes hasta partir del siglo XVI, cuando los puritanos hubieron vencido á los Stuardos, y cuando Luis XIV, expulsando de Francia á los reformados, hubo estirpado los últimos restos de la autonomía local y los únicos elementos de resistencia seria que pudieron oponerse al despotismo.

Cuando se ve á protestantes latinos aventajar á poblaciones germánicas, pero católicas; cuando en un mismo país y en un mismo grupo, de la misma lengua y del mismo origen, se nota que los reformados progresan más rápida y más regularmente que los católicos, es difícil no atribuir la superioridad de los unos sobre los otros al culto que profesan.

Con demasiada frecuencia se han llevado al estudio de estas cuestiones las pasiones de secta ó preocupaciones anti-religiosas. Ya es tiempo de aplicar á ellas el método de observacion y la imparcialidad científica del fisiólogo y del naturalista. De la simple exposicion de los hechos resultarán conclusiones irrefragables.

Está admitido que los escoceses y los irlandeses son del mismo

orígen céltico. Los unos y los otros han sido subyugados por los ingleses. Hasta el siglo XVI la Irlanda estaba bastante más civilizada que la Escocia. La verde Erin era durante la primera parte de la Edad Media un foco de civilización, cuando la Escocia era todavía una guarida de bárbaros.

Desde que los escoceses han adoptado la Reforma, han aventajado hasta á los ingleses. El clima y la naturaleza del suelo se oponen á que Escocia sea tan rica como Inglaterra, pero Macaulay manifiesta que desde el siglo XVII, los escoceses superan á los ingleses en todas las esferas. La Irlanda, al contrario, entregada al ultramontanismo, está pobre, miserable, agitada por el espíritu de rebelion, y parece incapaz de volverse á levantar por sus propias fuerzas.

¡Qué contraste, aun en Irlanda, entre el Connaught, exclusivamente católico, y el Ulster, donde domina el protestantismo!

¡El Ulster está enriquecido por la industria; el Connaught presenta la imágen de los últimos extremos de la miseria humana!

Renuncio á establecer una comparacion entre los Estados Unidos y los Estados de la América del Sud, ó entre las naciones del Norte y las naciones del Mediodía de Europa. Se podrian explicar las diferencias que se notan por el clima ó por la raza. Pero vayamos á Suiza y comparemos la situacion de los cantones de Neuchatel, de Vaud y de Ginebra (sobre todo, antes de la reciente inmigracion de los católicos saboyanos), con la de Lucerna, del alto Valais y de los cantones forestales. Los primeros aventajan extraordinariamente á los segundos bajo el punto de vista de la instruccion, de la literatura, de las bellas artes, de la industria, del comercio, de la riqueza, de la propiedad, en una palabra, de la civilizacion bajo todos sus aspectos y en todas las acepciones.

Los primeros son latinos, pero protestantes; los segundos germanos, pero sometidos á Roma. Luego el culto y no la raza es la causa de la superioridad de aquellos.

Trasportémonos ahora á un mismo canton, el de Appenzell, todo él habitado por una poblacion germánica enteramente idéntica. Entre las Rhodes interiores católicas y las Rhodes exteriores protestantes se nota exactamente el mismo contraste que entre los habitantes de Neuchatel y los del canton de Lucerna ó de Uri. A un lado, la instruccion, la actividad, la industria, relaciones

con el mundo exterior, y por consiguiente, la riqueza. Al otro la inercia, la rutina, la ignorancia, la pobreza (1).

Por todas partes donde están los dos cultos uno en frente de otro en un mismo país, los protestantes son más activos, más industriales, más económicos, y por consecuencia más ricos que los católicos.

«En los Estados Unidos,» dice Tocqueville, «la mayor parte de los católicos son pobres.»

En el Canadá, las grandes industrias, los grandes negocios, el

(1) Escuchemos á M. Hepworth Dixon, cuyo juicio por cierto no está sujeto á ninguna influencia de secta. Hé aquí lo que dice en su libro reciente sobre la Suiza:

«Comparad, dice, un canton protestante con un canton católico, Appenzell, Rhodes exteriores, por ejemplo, con Rhodes interiores, y decidid vos mismo con pleno conocimiento de causa.

»Hay tanta diferencia entre estos dos medios cantones, como entre el canton de Berna y el de Valais. En la parte baja del país, las poblaciones están construidas de madera, es cierto, pero el conjunto es gracioso y bello. Una fuente, de donde salen encantadores arroyuelos, ocupa el centro de la población. Muy cerca se hallan la iglesia, el ayuntamiento y la escuela primaria. Cada casita está rodeada de un jardín. Plantas trepadoras cubren casi todos los techos y revisten todos los muros. Por todas partes se oye el ruido de los telares; los chicos cantan al ir á la escuela. Las calles son bien aseadas, los mercados están bien provistos, todas las gentes que encontrais están bien vestidas. En la montaña, al contrario, pobreza y desolación por todas partes. Se tropieza con pocas gentes. Los aldeanos viven en chozas dispersas acá y allá; en los pisos bajos establos para los puercos y las bestias; encima las habitaciones de dormir, todo como en Vizcaya y Navarra. Estas chozas son efectivamente sólidas, pero á su grosera construcción no ha presidido ningun gusto.

»Cada pastor vive aparte; no encuentra á sus conciudadanos más que en misa, en el pugilato y en la taberna. Todos saben leer y escribir, porque son suizos y están sujetos á las leyes cantonales; pero no conocen libros ni periódicos, apenas se halla alguna vida de santos, algunas hojas populares, alguna colección de remedios caseros, en lugar de noticias frescas y palpitantes.

»El medio canton protestante se hace cada dia más rico y más poblado; el medio canton católico se estanca en la debilidad y la pobreza. Y esto nada tiene de extraño, porque el primero recibe á todos los extranjeros, sea cual fuere su religión, acoge con alegría todas las ideas nuevas y adopta sin tardanza todas las mejoras introducidas en los telares, origen de su riqueza; el segundo, al contrario, cierra sus puertas á todo el mundo, á los protestantes de todos los países y á los católicos que no han nacido en el canton; conserva sus juegos antiguos y sus trajes viejos; ejecuta sus trabajos rústicos enteramente como en la Edad Media; celebra sus días de fiesta y sus luchas de pugilato; se alimenta de grosero pan de centeno y de suero, y por fin, desdeña soberanamente la industria que enriquece á su vecino.»

comercio, las principales tiendas en las ciudades están en manos de los protestantes.

M. Audiganne, en sus notables estudios sobre *las poblaciones obreras de Francia*, señala la superioridad de los protestantes en la industria, y su testimonio es tanto menos sospechoso, cuanto que no atribuye esta superioridad al protestantismo. «La mayoría de los obreros de Nîmes, dice, particularmente los tafetaneros, son católicos, mientras que los jefes de industria y de comercio, los capitalistas, en una palabra, pertenecen generalmente á la religion reformada.»

«Y hasta cuando una familia está dividida en dos ramas, la una en el giron de la creencia de sus padres, y la otra cobijada bajo el estandarte de las doctrinas nuevas, casi siempre se nota, á un lado un malestar progresivo, y al otro una riqueza creciente.» — «En Mazamet, la Elboeuf del Mediodía de la Francia,» dice tambien M. Audiganne, «todos los jefes de industria, excepto uno, son protestantes, mientras que la gran mayoría de los obreros es católica. Hay menos instrucción entre estos últimos que entre las familias trabajadoras de la clase protestante.»

Antes de la revocación del edicto de Nantes, los reformados aventajaban en todos los ramos del trabajo, y los católicos, que no podían sostener la competencia, les prohibieron desde 1662, por muchos edictos sucesivos, el ejercicio de diferentes industrias en que sobresalían. Con su expulsión de Francia llevaron los protestantes á Inglaterra, á Prusia, á Holanda su espíritu de empresa y de economía, y enriquecieron el distrito en que se fijaron. A latinos reformados deben en parte los germanos sus progresos. Los refugiados de la revocación han introducido en Inglaterra diferentes industrias, entre otras la de la seda, y los discípulos de Calvin son los que han civilizado la Escocia.

Comparad la cotización de los fondos públicos de los Estados protestantes y de los Estados católicos: la diferencia es grande. El 3 por 100 inglés pasa de 92; el 3 por 100 francés fluctúa hacia 60 (1). La renta de Holanda, de la Prusia, de Dinamarca y de

(1) En España á principios del año está entre 16 y 18.—(N. del T.)

Suecia está lo ménos á la par; la de Austria, Italia, España y Portugal está un tercio ó aun la mitad ménos elevada.

Hoy en toda Alemania el comercio de las obras de espíritu, libros, revistas, cartas y diarios, casi está enteramente en manos de judíos y de protestantes.

A la vista de todos estos hechos concordes, es difícil no admitir que el culto y no la sangre sea la causa de la extraordinaria prosperidad de ciertos pueblos.

La Reforma ha comunicado á los países que la han adoptado una fuerza de que apenas puede darse cuenta la historia. Ved los Países Bajos: dos millones de hombres sobre un suelo, mitad arena y mitad pantano, resisten á la España que tenia la Europa en sus manos, y apenas libres del yugo castellano, cubren todos los mares con su pabellon; marchan á la cabeza del mundo intelectual; poseen tantos buques como todo el resto del continente junto; se hacen el alma de todas las coaliciones europeas; tienen en jaque á la Inglaterra y la Francia aliadas contra ellos; ofrecen á los Estados Unidos el tipo de la unión federal que permite el acrecentamiento indefinido de la gran República, y dan el ejemplo de combinaciones financieras que tan poderosamente contribuyen al desarrollo actual de la riqueza: los Bancos de emisión y las sociedades accionistas.

La Suecia, un millón de hombres sobre una tierra granítica, sepultada bajo las nieves durante seis meses del año, interviene en el continente, bajo Gustavo Adolfo, con el poder que sabemos; bate al Austria por mano de sus maravillosos estratégicos Wrangell, Torstenson y Banner, y salva la Reforma. Hoy la Inglaterra es la reina de los mares, la primera de las naciones industriales y comerciales; en Asia gobierna 200.000.000 de hombres, é invade el globo con los enjambres que lanza á él. Se necesita ver en el bello libro de Sir Carlos Dilke, *Greater Britain*, el cuadro del poder anglo-sajón en todo el mundo. Los Estados Unidos crecen con una rapidez vertiginosa. Cuentan 42.000.000 de habitantes. Hacia fines del siglo tendrán 100.000.000. Son ya el pueblo más rico y más poderoso del globo.

En dos siglos, la América, la Australia y el África austral pertenecerán á los herejes anglo-sajones y el Asia á los slavos cismáticos.

Los pueblos sometidos á Roma parecen heridos de esterilidad; ya no colonizan (1) ni tienen ninguna fuerza de espansion. La palabra empleada por Mr. Thiers para pintar la capital religiosa, Roma, *viduitas et sterilitas*, podria aplicarse á ellos tambien. Su pasado es brillante, pero su presente es sombrío y su porvenir alarmante. ¿Hay situacion más triste que la de España? La Francia, que tan grandes servicios ha hecho al mundo, tiene tambien mucho motivo de llorar; no porque haya sido vencida en los campos de batalla, (los reveses militares pueden repararse), sino porque parece destinada á fluctuar incesantemente entre el despotismo y la anarquia. Precisamente hoy, cuando para reponerse tiene más necesidad de la union de todos sus hijos, se disputan los partidos extremos la preeminencia, con riesgo de desencadenar una vez más la guerra civil. La causa de las desgracias de la Francia es el ultramontanismo; él y sólo él ha debilitado el país por esa accion deletérea que luego analizaremos. El es el que por la emperatriz Eugenia, órgano del partido clerical, hizo emprender la expedicion de Méjico para elevar las naciones católicas en América, y la guerra de Prusia para poner obstáculos al progreso de los Estados protestantes en Europa (2).

Italia y Bélgica parecen más dichosas que Francia y España; pero, ¿está definitivamente establecida la libertad en esos dos países? Excelentes espíritus lo ponen en duda. Un periodista de Roma publicó recientemente un notable trabajo sobre la situacion de Italia, bajo este significativo título: *La Italia negra*. «Los pueblos

(1) Hé aquí un ejemplo tomado al azar. El conde de Beauvoir llega á Canton. Vé allí un islote, Sha-Myen, situado en medio del río y cedido á la Francia y á la Inglaterra. El viajero se sorprende del contraste que presentan la parte cedida á Inglaterra y la que pertenece á Francia.

«En seis años (1867) hay ya allí una pequeña poblacion inglesa, una iglesia protestante, un *cricket ground*, un terreno preparado para las carreras, hoteles espaciosos y magníficos *godoons* para las grandes casas teíferas de la China. Un sendero separa el territorio británico del territorio francés. En éste hay terrenos de árboles silvestres, estercoleros, perros errantes, gatos, topos, pero ni una sola casa.» — *Viaje alrededor del mundo*, tomo 2.^o, pág. 427.

(2) Esto ha afirmado además Bismarck en el Parlamento de Berlin, y la emperatriz Eugenia decía en Julio de 1870: *Esta es mi guerra*. Ella es la que en el supremo consejo de Saint-Cloud hizo decidir la guerra, cuyo peligro veía el emperador bien claramente. Hé aquí un hecho más para la historia.

sometidos al Papa están ya muertos ó mueren,» exclama el autor con espanto: *«I popoli di religione papale ó sono già morti ó vanno morendi.»* «Si la Italia, añade, parece ménos enferma, es porque el clero, esperando la restauracion del Papa de una intervencion austriaca primeramente y hoy de una intervencion francesa, todavia no ha atacado la libertad y la Constitucion como fuerza interior. El partido clerical se ha abstenido en las elecciones; pero esto cambiara. Ya ha descendido á la lucha en Nápoles, en Roma, en Bolonia. La Iglesia cubre el país de asociaciones inspiradas por los jesuitas, y las congregaciones se apoderan de la generacion nueva que educan en odio á la Italia y á sus instituciones.» Esta apreciacion es justa. La Italia está hoy en la misma situacion en que se hallaba la Francia despues de 1789 y la Bélgica despues de 1830; el soplo de la libertad arrastra á la nacion entera, aun al clero. El patriotismo, la esperanza de un brillante porvenir, el entusiasmo de progreso inflaman todos los corazones y hacen olvidar las disidencias; pero bien pronto se revelará la incompatibilidad entre la civilizacion moderna y las ideas romanas. El clero, sobre todo los jesuitas, sometidos á la voz de Roma, se ponen ya en movimiento para minar el edificio de las libertades politicas, apenas sentadas sobre el suelo. Esto es justamente lo que viene sucediendo en Bélgica desde 1840.

Uno de los autores de la Constitucion belga, acaso el más eminente, me decia recientemente con el alma llena de tristeza: «Hemos creido que para fundar la libertad bastaba proclamarla, separando la Iglesia del Estado. Empiezo á creer que nos hemos engañado. La Iglesia, apoyándose en las aldeas, quiere imponer su yugo absoluto. Las grandes poblaciones, adheridas á las ideas modernas, no se dejarán avasallar sin tratar de defenderse. Nos encaminamos á una guerra civil como en Francia. Estamos ya en una situacion revolucionaria. El porvenir me parece preñado de turbaciones.» Las últimas elecciones han empezado á hacer aparecer el peligro. Las elecciones para las Cámaras han fortificado al partido clerical, mientras que las de los municipios han dado el poder á los liberales en todas las poblaciones grandes. Por eso se manifiesta tambien en Bélgica el antagonismo entre las ciudades y las aldeas, una de las causas de la guerra civil en Francia. Mientras que el Gobierno esté en manos de hombres

prudentes, más dispuestos á servir al país que á obédecer á los obispos, no son de temer desórdenes graves. Pero si los fanáticos que aceptan el *Syllabus* abiertamente como programa político, llegaran al poder, pronto se seguirían terribles choques. Recientemente les ha faltado poco para desencadenar sobre nosotros la guerra civil y la invasion extranjera.

Los países católicos de los dos lados del Atlántico son, pues, presa de intestinas luchas que consumen sus fuerzas, ó al menos les impiden avanzar tan regular y tan rápidamente como los pueblos protestantes.

Hace dos siglos pertenecía indudablemente la supremacía á los Estados católicos. Los demás no eran más que potencias de segundo orden. Hoy, poned en una parte la Francia, el Austria, la España, la Italia y la América del Sud, y en otra la Rusia, el imperio de Alemania, la Inglaterra y la América del Norte; evidentemente ha pasado la supremacía á los herejes y á los cismáticos. M. Levasseur leia no há mucho al Instituto un curioso trabajo, en el que demuestra que la Francia en 1700 representaba ella sola 31 por 100, ó la tercera parte de la fuerza de las cinco grandes potencias reunidas, al paso que hoy, contando en Europa seis grandes potencias, no posee ya más que 15 por 100, ó la sexta parte de dicha fuerza (1).

Para todo hombre que quiera interrogar sin preocupacion á los acontecimientos, queda pues establecido que la Reforma es más favorable que el catolicismo al desarrollo de las naciones. Ahora es necesario encontrar las causas de este hecho. Yo creo que no es difícil indicarlas.

II.

Está hoy admitido por todo el mundo que la primer condicion del progreso es la difusion de las luces. Tanto más productivo es el trabajo, cuanto con mayor inteligencia está dirigido. La aplicacion de la ciencia bajo todas sus formas, á la produccion: hé

(1) *Compte rendu de séances de l'Institut*, por Mr. Vergé, número de Noviembre de 1872. La poblacion de Francia aumentaba muy lentamente. En el último período quinquenal ha disminuido 366 000 á mas, sin contar, por supuesto, la perdida de la Alsacia y la Lorena.

aquí lo que hace la riqueza del hombre civilizado. La espantosa desnudez del salvaje proviene de su ignorancia. Por consiguiente, el progreso económico estará en proporcion con los descubrimientos científicos aplicados á la industria.

La instrucción difundida generalmente es tambien indispensable á la práctica de las libertades constitucionales. Allí donde los poderes emanan de la elección, es preciso que los electores tengan bastantes luces para elegir bien sus representantes; si no, está el país mal gobernado, cae de falta en falta y marcha á su ruina.

En un Estado despótico es útil la instrucción, no indispensable. En un gran Estado libre, ó que quiere serlo, es de absoluta necesidad, bajo pena de decadencia por inercia ó por desorden. La instrucción es, pues, la base de la libertad y de la prosperidad de los pueblos. Pues bien, hasta ahora, los Estados protestantes son los únicos que han llegado á asegurar la instrucción á todos. Los Estados católicos pueden legislar bellamente sobre la instrucción obligatoria, como Italia, ó gastar mucho dinero para este objeto, como Bélgica, pero no llegan á disipar la ignorancia.

Bajo el punto de vista de la instrucción elemental, los Estados protestantes están incomparablemente más adelantados que los países católicos. Sólo la Inglaterra no está más que al nivel de éstos, probablemente porque la Iglesia anglicana es, entre las formas del culto reformado, la que más se aproxima á la Iglesia de Roma. Todos los países protestantes marchan á la cabeza, sin ó casi sin iletrados, como la Sajonia, la Dinamarca, la Suecia y la Prusia; los países católicos quedan muy atrás, con una tercera parte al menos de ignorantes, como la Francia y la Bélgica, ó con las tres cuartas partes, como España ó Portugal.

Mirad la Suiza. ¡Qué diferencia bajo este punto de vista entre los cantones católicos y los cantones protestantes! Los cantones puramente latinos, pero protestantes, de Neuchatel, de Vaud y de Ginebra están al nivel de los cantones germánicos de Zurich y de Berna y son muy superiores á los de Tessin, el Valais ó Lucerna (1). La causa de este contraste es evidente y ha sido fre-

(1) Véase sobre esto mi libro *La instrucción del pueblo*.

cientemente señalada. El culto reformado reposa sobre un libro: la Biblia. Por consiguiente, el protestante debe saber leer (1).

Tambien la primera y última palabra de Lutero ha sido: instruid á los hijos; este es el deber de los padres y de los magistrados; es un mandamiento de Dios. El culto católico, al contrario, se apoya en los Sacramentos y en ciertas prácticas, como la confesion, la misa, el sermon, que no exigen la lectura. Por consiguiente, no es necesario saber leer, es más bien un peligro, porque necesariamente quebranta el principio de la obediencia pasiva sobre que descansa todo el edificio católico; la lectura es el camino que conduce á la herejía.

La consecuencia evidente de esto es que el sacerdote católico será hostil á la instruccion, ó al menos jamás hará tantos esfuerzos para difundirla como el ministro protestante. La organizacion de la instruccion popular data de la Reforma. Siendo la instruccion muy favorable á la práctica de la libertad política y á la produccion de la riqueza, y favoreciendo el protestantismo la diffusion de la instruccion, hé ahí ya una causa manifiesta de superioridad para los Estados protestantes (2).

III.

Todo el mundo conviene en decir que la fuerza de las naciones depende de su moralidad. Por todas partes se lee esta máxima, que casi se ha hecho ya un axioma de ciencia política: «Cuando las costumbres se corrompen, el Estado está perdido.» Pues bien: parece averiguado que el nivel moral está más elevado en los pueblos protestantes que en los pueblos católicos. Los mismos escritores religiosos lo dicen y lo esplican por el hecho de que los primeros permanecen más fieles que los segundos á su religion; esplicacion que yo creo justa. Leed las obras literarias en Francia; asistid en los diversos teatros á las piezas en boga: el adulterio

(1) Durante la guerra de 1870 se ha podido probar que los soldados protestantes tenian mucha más instruccion que los católicos. En las ambulancias y hospitales, cuando empezaban á convalecer de sus heridas, los primeros pedian libros, los segundos barajas.

(2) M. de Candolles ha probado con hechos cuán superior es la produccion científica de los pueblos protestantes á la de los Estados católicos. Véase su instructivo libro *Historia de las ciencias y de los sabios de los dos últimos siglos*, y el análisis de esta obra de M. Carlos Martins, *Revista de Ambos Mundos*, 1.^o de Febrero de 1873.

rio en todas sus variedades y bajo todas sus formas hace siempre el fondo de ellas. Las novelas y las comedias que han tenido éxito deben desterrarse severamente del círculo de una familia honrada. En Inglaterra, en Alemania, no sucede lo mismo. Las obras literarias que no llevan el sello de la imitación extranjera son de un tono y de un estilo del que no tienen por qué alarmarse los oídos castos (1).

En cuanto á la literatura francesa, el mal viene de lejos. Habiendo heredado los provenzales la corrupción galorromana, han cantado y hecho amable, bajo el nombre de galantería, la relajación de las costumbres y los amores irregulares. La galantería se ha hecho también la nota dominante de todas las obras de imaginación y uno de los rasgos del carácter nacional. El rey *vert galant* es el más popular de los soberanos franceses. En los países que han adoptado la Reforma, el espíritu puritano ha puesto un freno á esa relajación de costumbres, y la ha sustituido con una severidad que ha podido parecer excesiva, pero ha dado á los hombres un incomparable temple moral.

En los países católicos, aquellos que han querido combatir la omnipotencia de la Iglesia se han valido de las armas, no del Evangelio, sino del espíritu del Renacimiento y del paganismo. De dos maneras puede atacarse á la Iglesia: ó demostrando que está separada de la doctrina de Cristo, y predicando un cristianismo más puro y más severo que el suyo, ó atacando sus dogmas con la ironía y sublevando los sentidos contra sus prescripciones morales. Lutero, Calvin, Knox, Zwinglio, han tomado el primer partido; Rabelais, Voltaire, el segundo. Es claro que apoyándose los primeros en el Evangelio deben robustecer el sentimiento moral, mientras que los segundos sólo pueden tener éxito arruinándolo. De aquí resulta que casi todos los autores franceses que han trabajado por la emancipación de los espíritus, han tenido su nota de inmoralidad. ¿Se pondrá sin recelo en las manos, no digo de una joven, sino ni aun de un joven, las obras completas de Rabelais, de Voltaire, de Rousseau, de Diderot, de Courier, de Beranger? Los autores que respetan la moral y que se hacen leer á la juventud, Bossuet, Fenelon, Racine, son casi siempre muy

(1) Véase el libro nuevo de M. Fotvin *De la corrupción du gout littéraire en France.*

adictos á la Iglesia, y están penetrados de doctrinas absolutistas. De ahí proviene el temple profundamente católico de la mayor parte de los que en Francia no son revolucionarios.

En Inglaterra y América sucede de otro modo; los partidarios más decididos de la libertad son al mismo tiempo los que profesan la moral más severa: los puritanos y los cuákeros. Mientras que Bousset formulaba la teoría del absolutismo, Milton escribia la de la república, y los puritanos son los que han fundado la libertad en Inglaterra y los Estados Unidos. En una parte, los escritores que son religiosos y morales predicen la servidumbre, mientras que los que quieren la libertad no respetan ni religion ni moral; en la otra, al contrario, los mismos hombres defienden á la vez la religion, la moral y la libertad.

Ved las consecuencias: comparad la vida privada de los hombres que han hecho la revolucion de 1648 en Inglaterra, ó que han fundado la república en América, con la de los hombres de la república francesa. Los primeros son todos de costumbres irreprochables, de una probidad sin tacha, de una severidad de principios casi exagerada. Los segundos, salvo algunos fanáticos, como Saint-Just y Robespierre, son en su mayor parte de costumbres muy relajadas. El más poderoso entre ellos, el verdadero representante de la revolucion francesa, Mirabeau, ese gran genio, ese prodigioso orador, se vende á la corte, escribe libros obscenos y lleva la depravacion á los últimos límites. Comparad con esto á los austeros calvinistas que han vencido el despotismo y fundado la libertad de Inglaterra y América. ¡Qué contraste!

E. Quinet consigna en su admirable libro sobre la revolucion francesa, que los hombres de aquella época, tan llenos de entusiasmo al principio, bien pronto se cansaron de este esfuerzo, y pidieron ó sufrieron el reposo de la servidumbre bajo el imperio. Los *gueux* de Holanda han luchado mucho más tiempo y han atravesado pruebas mucho mayores, sin dejarse desalentar. Sus ciudades eran tomadas al asalto; poblaciones enteras pasadas á cuchillo, y todavía luchaban ellos, un puñado de hombres, contra un adversario que tenia á su disposicion los tesoros y las fuerzas de los dos mundos. Nunca experimentaron ni cansancio ni desaliento, y concluyeron por vencer. ¡Tenian la fé!

El orgullo, el desbordamiento de la personalidad y la vanidad,

han empeñado á los partidarios de la revolucion francesa en una lucha fraticida y mortal: se han ahorcado unos á otros, en lugar de unirse para fundar la república. En Holanda, en Inglaterra, en América, por efecto de cierto espíritu de caridad, de humildad, de mútua tolerancia, los mismos que libraban de la tiranía á su patria han llegado á entenderse, á fin de consolidar su obra. Para fundar un Estado, es mejor base el cristianismo de Penn y de Washington, que la filosofía de Vergniaud, de Robespierre y de Mirabeau. Sin juzgar las dos doctrinas, pueden hacerse constar los resultados que han producido.

Cuando se debilita el sentimiento religioso, el motivo que impulsa á obrar bien, el resorte de la vida moral es el pundonor, la vanidad, el anhelo de la aprobacion de los demás hombres. Alfredo de Vigny ha mostrado esto en términos elocuentes en un capítulo de su libro *Grandeur et servitude militaires*. Musset lo ha repetido en este verso tan lleno de energía: *L'orgueil...*

C'est qui reste encore d'un peu beau dans la vie.

Mr. Taine dice en sus *Notes sur l'Angleterre*: «El principio moral está fundado en Francia en el sentimiento del honor, en Inglaterra en la idea del deber: pues bien, el primero es arbitrario, su inclinacion es diferente segun las personas.»

En la *France nouvelle*, Prevost-Paradol escribe lo siguiente: «A los ojos de todo observador perspicaz y de buena fé, ofrece nuestro país hoy el espectáculo, casi único en el mundo, de una sociedad en la que el pundonor se ha hecho la principal garantía del buen órden, y hace cumplir la mayor parte de los deberes y de los sacrificios, que la religión y el patriotismo han perdido el poder de mandar. Si nuestras leyes son generalmente respetadas; si el jóven soldado se une dócilmente á su bandera y le permanece fiel; si el agente de cambio respeta la caja pública; si el francés, en fin, cumple convenientemente sus deberes para con el Estado y para con sus conciudadanos, al pundonor le somos deudores de ello sobre todo. No es el respeto á la ley divina, ya mucho há pasado al estado de problema; no es la adhesión filosófica á un deber incierto, y ménos aún á un ser abstracto, el Estado, desconcertado y desacreditado por tantas revoluciones; es el temor de tener que ruborizarse públicamente de una accion

»reputada vergonzosa, único que mantiene entre nosotros un deseo suficiente de obrar bien.» Pintura fiel y desoladora que Prevost-Paradol traza con el alma lastimada, sobre todo cuando añade: «¡No tener más que el pundonor por apoyo, y sentirle doblegar en su mano como la caña frágil de que habla la Escritura!»

Leed las proclamas al pueblo y al ejército francés; cuando se quiere arrastrarle, escitar su entusiasmo, se apela al pundonor ó á la vanidad. Escuchad á Napoleon: «Cuarenta siglos os contemplan desde lo alto de las Pirámides.» O bien: «Soldados, al entrar en vuestros hogares podeis decir: Estuve en Jena, en Austerlitz.» Hablar ó hacer hablar de sí: hé aquí el fin y el móvil. Nelson en Trafalgar dice muy simplemente: «Cuento con que cada uno cumpla con su deber.» En los documentos que emanen de los hombres de la revolucion de los Paises Bajos ó de la revolucion de América se invoca el amor á la patria, el deber, la ley divina. Es claro que estos resortes son más seguros que los primeros. En el fondo, hacer hablar de sí es una ventaja muy vana ó fútil. Desde el momento en que se tiene bastante fuerte el espíritu para reconocer esto, el pundonor pierde su eficacia como regla de conducta. Por otra parte puede estar la opinion pública pervertida, y en este caso no se le puede invocar en favor de la virtud.

Casi todos los escritores franceses han ensalzado el Renacimiento á espensas de la Reforma, porque más ancha en sus miras, concedia á la humanidad una franquicia más completa. Los acontecimientos no les dan la razon. Los paises que han adoptado la Reforma adelantan manifiestamente á los que se han sostenido en el Renacimiento. Y es que la Reforma tenia en sí misma una fuerza moral que faltaba al Renacimiento. Pues bien: la fuerza moral con la ciencia es el origen de la prosperidad de las naciones. El Renacimiento era un retorno á la antigüedad, la Reforma una vuelta al Evangelio. Siendo el Evangelio superior á la tradicion antigua, debia dar mejores frutos.

IV

La Reforma ha favorecido el progreso de los pueblos que la han adoptado, porque les ha permitido fundar instituciones libres, mientras que el catolicismo conduce al despotismo ó la

anarquía, y con frecuencia alternativamente al uno y á la otra. El Gobierno natural de los pueblos protestantes es el Gobierno representativo. El Gobierno natural de los pueblos católicos parece ser despótico. Mientras que estén sometidos á él, permanecen en paz; tienen el régimen que les conviene; cuando traten de emanciparse de él, caen en el desorden y se debilitan; están en un estado contrario á su naturaleza. Esto es lo que sostiene el periódico *L'Univers y la Civilta Catolica*, órganos de la corte de Roma; y desgraciadamente los hechos parecen darles la razon.

Frecuentemente se ha preguntado por qué han logrado resultando las revoluciones de los Paises Bajos, de Inglaterra y América, mientras que la revolucion francesa parece haber fracasado. Monsieur Guizot ha publicado tambien un escrito especial para ilustrar esta cuestión, que contiene efectivamente el secreto de nuestros destinos. Yo no dudo en responder: es porque las primeras se han hecho en paises protestantes y la segunda en un país católico. Ya Voltaire lo había visto. Se pregunta á sí mismo en qué consiste que los Gobiernos de la Francia y de la Inglaterra se han hecho tan diferentes entre sí, como los de Marruecos y Venecia. «¿No es, dice, por esta razon: que estando siempre quejándose de la corte de Roma, los ingleses han concluido por sacudir su vergonzoso yugo, mientras que un pueblo más ligero le ha llevado, afectando reirse de él y bailando con sus cadenas?» Voltaire decía la verdad; pero no es él el mismo que excitaba la risa y dirigía la danza?

Nosotros podemos demostrar hoy evidentemente lo que los buenos espíritus comenzaban sólo á entrever en el siglo XVIII. La influencia decisiva que ejercen las formas del culto en la política y en la economía política, no se había sacado á luz. Ahora brilla con el mayor resplandor y se manifiesta cada vez más claramente en los sucesos contemporáneos.

La acción que ejerce la religión sobre los hombres es tan profunda, que se ven obligados á dar á la organización del Estado formas tomadas de la organización religiosa. En ninguna parte donde el soberano pasa por ser el representante de la Divinidad puede establecerse la libertad, porque el poder del que habla y obra en nombre de Dios es necesariamente absoluto. Las órdenes del cielo no se discuten. Los simples mortales no pueden hacer más que inclinarse y obedecer. No conozco excepción á esta regla.

En los imperios antiguos de Asia y en los de hoy; en los Estados mahometanos, como en los países católicos, donde reinan los reyes por derecho divino, el pueblo ha sido avasallado completamente. Era libre en Atenas y Roma, porque los que gobernaban, elegidos por sus conciudadanos, no pretendían ser representantes de la Divinidad. El sacerdocio no era una casta, y ejercía muy poca influencia en el Estado.

El cristianismo primitivo debía favorecer singularmente el establecimiento de instituciones libres y democráticas. Indudablemente, por sus lados ascéticos desprendía al hombre de sus intereses terrestres y no le impulsaba á reivindicar sus derechos de ciudadano; pero elevando y purificando las costumbres le hacia más apto para gobernarse por sí mismo y para vivir libre.

En el seno de las asociaciones cristianas de los primeros siglos reinaba una gran igualdad, y todos los poderes emanaban del pueblo. La palabra y la opinión eran los resortes del gobierno. Las primitivas iglesias cristianas eran unas verdaderas repúblicas democráticas. Por eso, cuando en el siglo XVI restablecieron los presbiterianos la organización antigua de la Iglesia, se vieron obligados á establecer en el Estado instituciones republicanas.

Los defensores y los adversarios de la Iglesia romana confunden, lo mismo los unos que los otros, el cristianismo y el catolicismo. Los que atacan al cristianismo le atribuyen los principios, los abusos y los crímenes de la Iglesia romana, y los que defienden á la Iglesia romana invocan los méritos, las virtudes y los beneficios del cristianismo. Error de una y otra parte. El cristianismo es favorable á la libertad; el catolicismo su enemigo mortal. Su mismo jefe infalible es quien lo afirma. La historia de las instituciones de la Iglesia nos muestra una marcha constante hacia una concentración de los poderes, cada vez mayor. Ha partido de la democracia igualitaria y representativa de los primeros siglos, para llegar en el siglo XIX, por la proclamación de la infalibilidad papal, al despotismo más absoluto que puede imaginarse.

República democrática al principio, se ha hecho después aristocrática, cuando los obispos han extendido su poder sin perder su independencia para con los Papas; era todavía una monarquía constitucional, mientras que los concilios ejercían el poder

supremo; hoy realiza el ideal de la teocracia y del absolutismo. Si la sociedad civil tiende á modelarse sobre la religiosa, como demuestran los hechos, debe someterse á un Gobierno puramente despótico. Así es precisamente como lo comprenden los partidarios de la Iglesia. Bossuet en su *Política sacada de las Santas Escrituras*, traza las condiciones de Gobierno que conviene á un país católico. «Dios establece los reyes como ministros suyos y reina por ellos sobre los pueblos.» «La autoridad real es absoluta.» «El príncipe no debe dar á nadie cuenta de lo que ordena.» «Es necesario obedecer á los príncipes como á la justicia misma.» «Los príncipes son dioses y en cierto modo participan de la independencia divina.» «Los súbditos no tienen que oponer á la violencia de los príncipes más que representaciones respetuosas, sin motines y sin murmullos.» Así que, lógicamente, en un país católico el Gobierno debe ser despótico (1). Primero porque así es el de la Iglesia que sirve de tipo, y luego porque teniendo los reyes el poder directamente de Dios ó del Papa, no puede este poder ni limitarse ni maestrarse.

La Reforma, al contrario, siendo un retorno hacia el cristianismo primitivo, en todas partes engendró el espíritu de libertad y

(1) Hé aquí en qué pomoso y vigoroso lenguaje nos da Bossuet la definición de la monarquía, tal como resulta de la tradición católico-romana, y tal como nos viene de la Roma de los Césares y de la Roma de los Papas:

«Es preciso obedecer al príncipe como á la justicia misma. Son dioses, y participan en cierto modo de la divina independencia. Así como en Dios está reunida toda perfección, así todo el poder de los particulares está reunido en la persona del príncipe. Que retire Dios su mano: el mundo volverá á caer en la nada. Que cese la autoridad en el reino: todo será confusión. Considerad al príncipe en su gabinete: de allí parten las órdenes que hacen ir de concierto á los magistrados, á los capitanes, á las provincias y á los ejércitos. Es la imagen de Dios que, sentado sobre su trono, en lo más alto de los cielos, hace marchar toda la naturaleza. Aunque los malos se oculten, la luz de Dios los sigue por todas partes. De la misma manera Dios da al príncipe el poder de descubrir las tramas más secretas; por todas partes tiene ojos y manos; los pájaros del cielo le cuentan lo que pasa. Hasta ha recibido de Dios, para el despacho de los asuntos, cierta penetración, que hace creer que adivina. Cuando él ha penetrado la intriga, sus brazos largos van á coger á sus enemigos á las extremidades del mundo; van á desenterrarlos del fondo de los abismos. Con tal poder, no hay asilo seguro.»

La República americana es la antítesis de este absolutismo católico; es el fruto y la imagen del calvinismo presbiteriano.

de resistencia al absolutismo. Tendia á hacer nacer instituciones republicanas y constitucionales. El protestante no reconoce en religion más que una sola autoridad: la Biblia. No se inclina ante la autoridad de un hombre, como el católico; examina y discute por sí mismo. Habiendo vuelto á establecer los calvinistas y presbiterianos la organización republicana en la Iglesia, el protestante, por una lógica consecuencia, trasportó á la sociedad política los mismos principios y los mismos hábitos. La acusacion que Lamennais dirige á la Reforma es completamente verdadera (1). «Se había negado,» dice, «el poder en la sociedad religiosa; senecesitaba precisamente negarle tambien en la sociedad política, y sustituir en una y otra la razon y la voluntad de cada hombre á la razon y voluntad de Dios; desde entonces, no dependiendo cada uno más que de sí mismo, debió gozar de una entera libertad; debió ser su dueño, su rey, su Dios.» Montesquieu dice tambien: «La religion católica conviene mejor á una monarquía; la protestante se acomoda mejor á una república.»

Lutero y Calvin tampoco, como San Pablo ó Cristo, predicaban la resistencia á la tiranía; más bien la condenan y preconizan la obediencia. Tampoco admiten la plena libertad de conciencia. Pero, á pesar suyo, el principio de la libertad política y religiosa y el de la soberanía del pueblo salen lógicamente de la Reforma.

La prueba es que estas han sido sus frutos naturales por todas partes. Los escritores reformados reivindican los derechos del pueblo, y allí donde triunfan los protestantes establecen instituciones libres. Sus enemigos no se han engañado en esto; han señalado como un mal esta conexión entre la Reforma y la libertad.

«Los reformadores,» dice un enviado veneciano en Francia en el siglo XVI, «predican que el rey no tiene autoridad sobre sus súbditos. Por ahí,» añade, «se marcha á un Gobierno semejante al que existe en Suiza y hacia la ruina de la constitucion monárquica del reino» (2).

«Los ministros,» dice Montluc, «predicaban que los reyes no po-

(1) Téngase presente que el autor y Lamennais son católicos.—(*N. del T.*)

(2) Véase para las ideas políticas de la Reforma la obra tan instructiva de M. Laurent, *La revolution française*, tomo I, sección 2.^a, pár. 3.^o

»dian tener ningun poder más que el que agradaba al pueblo; otros
 »predicaban que la nobleza no era nada más que ellos (1).» Con
 efecto, aquí está precisamente el soplo liberal é igualitario del cal-
 vinismo. Tavannes menciona frecuentemente el espíritu demo-
 crático de los hugonotes. «Son,» dice, «repúblicas en los Esta-
 »dos reales, teniendo sus recursos, sus guerreros, sus haciendas
 »separadas, y queriendo establecer un Gobierno popular y demo-
 »crático» (2). El gran jurisconsulto Dumoulin denunció los pasto-
 res protestantes al Parlamento, diciendo: «No tienen otro desig-
 »nio que reducir la Francia á un Estado popular y hacer de ella
 »una república como la de Ginebra, de donde han arrojado al
 »conde y al obispo, y que se esfuerzan igualmente en abolir el de-
 »recho de primogenitura, queriendo igualar á los plebeyos con los
 »nobles, y á los segundones con los mayorazgos, como que son
 »todos hijos de Adan é iguales por derecho divino y natural.»
 Evidentemente están aquí las ideas de la revolucion francesa, y si
 la Francia hubiera pasado á la Reforma en el siglo XVI, hubiera
 gozado desde entonces de la libertad y del *self-government*, y los
 hubiera conservado. En 1622, Gregorio XV escribió al rey de
 Francia para comprometerle á acabar con Ginebra, foco del cal-
 vinismo y del republicanismo. En Francia, despues de la muerte
 de Enrique IV, el duque de Rohan, hugonote, quiso hacer repú-
 blica, diciendo que el tiempo de los reyes habia pasado.

Se ha reprochado á la nobleza protestante de haber querido di-
 vidir la Francia en pequeños Estados republicanos, como en Sui-
 za, y á la Liga se atribuye el mérito de haber mantenido la uni-
 dad francesa. Lo que los hugonotes en efecto querian, era la au-
 tonomía local, la descentralizacion y un régimen federal, con-
 sagrando las libertades comunales y provinciales. Todavía es
 esto lo que en vano trata la Francia de establecer, y la pasion ca-
 tólica de la unidad y de la uniformidad es la que ha hecho fraca-
 sar la revolucion y la que siempre le vuelve al despotismo.

Calvino quiso que «el ministro del Santo Evangelio fuera ele-

(1) *Blaise de Montluc, collection des Memoires de Petitot*, 1.^a série, tomo XXII, pá-
 gina 26.

(2) *Tavannes*. La misma *Collection*, tomo XXIII, págs. 72.

gido con consentimiento y aprobacion del pueblo, presidiendo la eleccion los pastores.» Este es el régimen que los calvinistas querian introducir en Francia. «En el año de 1620,» dice Tavannes, «su Estado era verdáderamente popular, teniendo los alcaldes de las ciudades y los pastores toda la autoridad, de la que no dan parte á la nobleza de su partido más que en apariencia; de modo que si lograran sus designios, el Estado de Francia llegaria, como el de Suiza, á la ruina de los príncipes y de los nobles.»

Tan pronto como la Reforma hubo puesto el Evangelio en las manos de los aldeanos, reclamaron la abolicion de la servidumbre y el reconocimiento de sus antiguos derechos, con el nombre de «libertad cristiana.» La Reforma inspiró por todas partes energicas reivindicaciones de los derechos naturales: la libertad, la tolerancia, la igualdad de derechos, la soberanía del pueblo. Están consignados en un gran número de escritos del tiempo, entre otros, en el célebre folleto de Languet: *Junii Brutii celtæ, vindicatio contra tyrannos, de principiis in populum populique in principem legitima potestate*, y en el diálogo: *De l'autorité du prince et de la liberté des peuples* (1).

Estas ideas, que forman la base de las libertades modernas, siempre han encontrado elocuentes defensores en el protestantismo. El ministro Jurieu las ha defendido contra Bossuet en un debate bien conocido, y Locke las ha expuesto bajo una forma científica. De él las han tomado Montesquieu, Voltaire y los escritores políticos del siglo XVIII, y de ellas ha salido la revolucion francesa. Pero mucho tiempo antes habian sido aplicadas, con un éxito constante, en los Estados protestantes, primero en Holanda, despues en Inglaterra y sobre todo en América.

El famoso edicto de 16 de Julio de 1581, por el cual los Estados generales de los Paises Bajos proclaman el desahucio del rey de España, consagra claramente la soberanía del pueblo. Para destronar un rey, necesariamente debian invocar este principio: «Los súbditos no son criados por Dios para el príncipe, á fin de obedecerle en todo lo que le agrade mandar, sino más bien el príncipe para los súbditos, sin los cuales no puede ser príncipe, á

(1) *Memoires de l'état de France sous Charles IX*, tomo III, págs. 57 á 64; véase Laurent, *Revolution française*, tomo I, página 345.

»fin de gobernarlos segun el derecho y la razon.» Añade el edicto que los habitantes han sido obligados, para escapar á la tiranía del rey, á sustraerse á su obediencia: «No les queda otro medio »que este para conservar y defender su antigua libertad y la de »sus mujeres, hijos y posteridad, por los cuales, segun el derecho »de la naturaleza, están obligados á exponer sus bienes y sus »vidas.» La revolucion de Inglaterra de 1648 se hizo en nombre de los mismos principios. Milton y los demás republicanos de la época las han defendido con un admirable vigor de espíritu y de carácter.

No es la revolucion francesa quien ha inventado lo que se llaman principios del 89; esto es un grave error histórico; sólo ha contribuido á difundirlos por Europa, y desgraciadamente, nunca se han respetado en Francia estas libertades, ni aún la más sagrada de todas ellas, la libertad de conciencia (1).

Los puritanos y cuákeros las han proclamado y practicado hace 200 años en América, y allí y á Inglaterra ha ido la Europa á tomar la idea hacia el fin del siglo XVIII.

Ya en 1620 la Constitucion de Virginia estableció el Gobierno representativo, el juicio por Jurado y el principio de que el impuesto debe ser votado por los que le pagan.

El Massachussets desde el origen estableció la enseñanza obligatoria y la completa separacion de la Iglesia y del Estado. Las sectas viven bajo la ley comun, y ellas mismas eligen sus ministros. La democracia representativa existia allí tan completamente como en nuestros días. Hasta los jueces son elegidos anualmente por los ciudadanos. Pero todavía hay un hecho más importante. Se levanta un hombre (1633) reclamando, no sólo la tolerancia, sino la completa igualdad de cultos ante la ley civil, y funda un Estado sobre este principio: Roger Williams, nombre poco conocido en nuestro continente, pero que merece inscribirse entre los bienhechores de la humanidad. El primero en este mundo, ensangrentado por la intolerancia hace ya 4.000 años, aun antes que Descartes hubiese fundado el libre exámen en filosofía, consagra

(1) Con este motivo hay que leer un articulo muy instructivo de Prevost-Paradol en la *Revue des Deux Mondes* (1858), en donde demuestra que ni la ley ni los magistrados han admitido en Francia la libertad de cultos. No existe en ella todavía.

la libertad religiosa como un derecho político. «La persecucion
 »en materia de conciencia,» repetia, «es manifiesta y lamentable-
 »mente contraria á la enseñanza de Jesucristo.—El que gobierna
 »el navío del Estado puede mantener el órden á bordo y condu-
 »cirle al puerto, aunque no esté toda la tripulacion obligada á
 »asistir al servicio divino.—El poder civil no tiene imperio más
 »que sobre los cuerpos y los bienes de los hombres; no puede in-
 »tervenir en asuntos de fé, ni aun para impedir que una Iglesia
 »caiga en la apostasía ó en la herejía.—Quitar el yugo de la tira-
 »nía de las almas, no sólo es hacer un acto de justicia para los
 »pueblos oprimidos, sino tambien establecer la libertad y la paz
 »públicas sobre el interés de la conciencia de todos.»

Es preciso leer en la admirable historia de Bancroft, cómo fundó Roger Williams la ciudad de Providencia y el Estado de Rhode-Island sobre estos principios desconocidos entonces por todas partes en Europa, á excepcion de los Paises Bajos protestantes. Cuando en 1641 se estableció una Constitucion en el Rhode-Island, fueron llamados todos los ciudadanos á votarla. Los fundadores mismos la llamaron una democracia, y lo era en efecto, en toda la fuerza de la expresion, y tal como la entendia Rousseau. El pueblo se gobernaba directamente á sí mismo. Todos los ciudadanos, sin distincion de culto, eran iguales ante la ley, y toda ley debia confirmarse en las Asambleas primarias. Era el *self-government* más radical que hayan conocido las sociedades humanas, y dura desde hace más de dos siglos sin perturbaciones y sin revoluciones.

Los cuákeros en la Pensilvania y la New-Jersey dieron por base al Estado principios semejantes. El poder reside en el pueblo, *We put the power in the people*: tal es el fundamento de la Constitucion de New-Jersey. Hé aquí las principales disposiciones: «Ningun hombre ni ninguna reunion de hombres tiene poder sobre la conciencia. Nadie en ningun tiempo, por ningun medio, ni bajo ningun pretexto será perseguido ni perjudicado en lo más mínimo por opiniones religiosas. La Asamblea general será nombrada en escrutinio secreto. Todo hombre puede elegir y ser elegido. Los electores darán á sus diputados instrucciones obligatorias. Si el diputado no llena bien su mandato puede ser perseguido. Diez comisarios, elegidos por la Asamblea, ejercen el Poder ejecutivo. Los jueces y los comisarios son elegidos por el pueblo

por dos años. Los jueces presiden al Jurado, pero el poder judicial se ejerce por los doce ciudadanos que le componen. Nadie será preso por deudas. Los huérfanos serán educados á expensas del Estado. La enseñanza es un servicio público, pagado por el presupuesto comun.¹⁾

Los mismos principios, poco más ó menos, en Pensilvania y en el Connecticut.

Esas ideas, de que el hombre es dueño de sí mismo, que es libre, que no se puede reclamar de él un servicio ó una contribución sin su expreso consentimiento, que el Gobierno, la justicia, todos los poderes emanan del pueblo, ese conjunto de principios que las sociedades modernas se esfuerzan en aplicar, vienen incontestablemente de la tradicion germánica, aun se les vuelve á encontrar en el origen en la mayor parte de las razas, antes del desarrollo del poder real. Pero si esos principios, ahogados en la Edad Media por el feudalismo y á partir del siglo XV por el trono centralizado y absoluto, han vuelto á tomar vida en Suiza, en Inglaterra, en Holanda y en los Estados Unidos, es gracias al soplo democrático de la Reforma, y sólo en los países protestantes se han mantenido y han asegurado á los pueblos el orden y la prosperidad. Si la Francia no hubiera perseguido, ahorcado y desterrado á aquellos de sus hijos que se habían convertido al protestantismo, hubiera podido desarrollar esos gémenes de libertad y de *self-government* que se habían conservado en los Estados provinciales. Esta es una verdad perfectamente establecida en un trabajo de M. Gustavo Garrison, que ya se remonta á algunos años (1).

Los estudios y los sucesos contemporáneos aumentan todos los años pruebas nuevas en apoyo de esto. En las Asambleas de la Rochelle y de Grenoble, en los Estados generales de Orleans, el espíritu de libertad y el espíritu parlamentario se muestran tan potentes como en el Parlamento inglés, y allí se habla ese lenguaje claro y firme de Calvin, tan á propósito para tratar los grandes intereses de la religion y de la política.

«Nosotros sabremos defender contra el rey nuestras ciudades sin rey,» decian los hugonotes, y no puede dudarse de ello: si hu-

(1) *Revue des Deux Mondes*, 15 de Febrero de 1848.

bieran triunfado, hubieran fundado la monarquía constitucional, como en Inglaterra, ó una república federativa, como en los Países Bajos. Si la nobleza francesa hubiera conservado el espíritu de independencia y de oposición legal que había tomado del protestantismo, hubiera impuesto límites al poder real, y la Francia hubiera escapado á ese despotismo oriental de Luis XIV y de sus sucesores que ha quebrantado los caractéres (1).

Francisco I, al dar la señal de la persecución de los reformados (2), y Enrique IV, abjurando del protestantismo, han hecho traicion al verdadero interés de la Francia, como la ha hecho la nobleza. Esa palabra: *Paris vaut bien une messe* (Paris vale bien una misa), en que la mayor parte de los historiadores ven una prueba de sentido práctico, es de un cinismo irritante.

Venderse, renegar de su fe por una ventaja material, es evidentemente un acto que debe deshonrar á cualquiera. La Francia lleva hoy el castigo de esto, así como sufre tambien las funestas consecuencias de la Saint-Barthelemy y de la revocación del edicto de Nantes, esos dos grandes atentados á la libertad de conciencia.

Lo que más necesita la Francia son hombres que, sin romper con la tradición, acepten, sin embargo, las ideas nuevas. Los republicanos son generalmente hostiles ó indiferentes á toda idea religiosa, y como sus antecesores, los revolucionarios del último siglo, les falta una base para edificar un edificio sólido. Aquellos que defienden las ideas religiosas, quieren hacer revivir el antiguo régimen, y ponen obstáculo á toda reforma. La Francia tiene en

(1) M. Quinet, en su libro sobre la revolución, pronuncia sobre la nobleza francesa de aquella época un juicio severo, pero justo. Había vendido su fe religiosa, ¿cómo había de poder fundar la fe política? En la fronda ella manifiesta el espíritu de intriga, sin ambición. Rebelta á Mazarin, se prosterna desde que aparece el príncipe. Entonces se ve su nulidad. No había guiado á los franceses á ninguna libertad.

(2) «Francisco I,» dijo Napoleón en Santa Elena, «estaba verdaderamente colocado en condiciones de adoptar el protestantismo á su nacimiento y haberse declarado su jefe en Europa. Hubiera evitado á la Francia sus terribles convulsiones religiosas. Desgraciadamente, Francisco I no comprendió nada de esto, porque no podía dar por excusa sus escrúpulos, puesto que se alió á los turcos y los trajo en medio de nosotros. Es indudable que no veía más lejos. ¡Torpeza del tiempo, estupidez feudal! Francisco I, después de todo, no era más que un héroe de torneo, un pollo de salón, un gran pigmeo.» (Memorial del 17 de Agosto de 1816.)

este momento la ocasión de fundar instituciones libres. Pero ¿no preparan los partidarios de la monarquía el camino á la vuelta de un Napoleon, sumergiendo el país en la anarquía por su obstinación ciega? En tiempos de Luis Felipe, en 1850 y también hoy, los conservadores pierden á su país por su adhesión á las formas antiguas. La república es en este momento el único Gobierno posible en Francia, y puede ser que los republicanos la impidan echar raíces, porque el catolicismo los ha penetrado del genio de la intolerancia (1) y del despotismo.

Difícilmente escapará la Francia á una nueva restauración del poder absoluto, si no se sustraer á la tradición católica. La religión romana ha preparado mal á los franceses para vivir libres, tolerarse unos á otros y gobernarse á sí mismos.

En los pueblos católicos, la tolerancia está algunas veces en las leyes; pero nunca en las costumbres. Desgraciado el que, queriendo hacer uso de la libertad de conciencia, se decide á obedecer á las inspiraciones de la suya: es infamado aun por sus allegados, y por los indiferentes todavía más que por los creyentes. Los incrédulos encuentran más cómodo reírse del sacerdote que atacarle, sin perjuicio de inclinarse ante él en todas las circunstancias importantes de la vida. Resignados con el yugo de la ortodoxia, de que se mofan y que sufren, no permiten que otros, hallándole demasiado pesado, tengan el valor de sustraerse abiertamente á él. Por la intimidación y el ridículo se impone la uniformidad, y la libertad no es más que una palabra.

Todos los pueblos modernos se esfuerzan por establecer el régimen representativo y constitucional. Este régimen, nacido en Inglaterra sobre el terreno de las antiguas instituciones germánicas,

(1) La intolerancia de los franceses viene de su educación católica. París estaba con la Liga. En tiempos de Voltaire, el pueblo estaba todavía lleno de odio contra los protestantes y los incrédulos. «Sufrimos mal la contradicción en las cosas que nos tocan al corazón,» dice un escritor francés muy sensato. «La opinión más temeraria ó la más inexacta es para nosotros un dogma, fuera del cual no hay salud. Cada partido quiere ser una Iglesia, y no admite la duda sobre su infalibilidad. Los más liberales buscan pretextos para no dar á los disidentes la libertad que reclaman para sí mismos. De ahí esa facilidad con que se establecen las dictaduras, y se perpetúan en las manos de todos los partidos, en sus alternativas de victorias y de derrotas, los mismos medios de compresión.» — (EMILE BEAUSIRE, *Revue des Deux Mondes* de 1.^o de Mayo de 1871.)

cas, fecundado por el protestantismo, parece no poder implantarse de una manera duradera en los países católicos; en efecto, el jefe del Estado, rey ó presidente, no puede ser un verdadero soberano constitucional. Si es devoto y se confiesa como obediente penitente, está gobernado por su confesor que obedece al Papa. Por medio del confesonario el Papa es, pues, el verdadero soberano, á menos que no lo sean los jesuitas que dirigen al Papa. Las prerrogativas que concede la Constitución al depositario del Poder ejecutivo, se ejercen entonces por un poder extranjero, y con detrimiento del país. Abundan en la historia los ejemplos de esto. Demasiado dóciles á las exigencias de su confesor, Luis XIV revoca el edicto de Nantes, Jacobo II de Inglaterra y Carlos X de Francia pierden su corona, y Luis XVI la monarquía y la vida, Fernando y Leopoldo de Austria arruinan á sus Estados por la persecución más espantosa, Augusto y Segismundo de Polonia preparan el reparto de este país, introduciendo en él los jesuitas y la intolerancia. Con un soberano piadoso y bien confesado, el régimen constitucional es una ficción ó un engaño: sujeta la nación á las voluntades de un sacerdote desconocido, órgano de las pretensiones de su Iglesia, ó bien la conduce á una revolución, si el país se rehusa á sufrir su humillante yugo. En Austria, el emperador Francisco José, no ha podido ser soberano constitucional más que resistiendo á su confesor. En tierra protestante se desarrolla naturalmente el régimen constitucional, es su suelo natal; mientras que en tierra católica, importación herética, está minado por el sacerdote, á menos que no sirva para asegurar su dominación, y así, ó está falseado por los cléricales ó trastornado por los revolucionarios.

V

Otra causa de inferioridad para los pueblos católicos: el sentimiento religioso está en ellos más debilitado en las clases inteligentes y directivas que en los países protestantes. Creo que este hecho no esté negado por nadie. Las hojas episcopales lo prueban todos los días, y reclaman para la religión el mismo respeto de que goza en Inglaterra y América. Los adversarios de toda religión reprochan á los americanos y á los ingleses, lo que ellos lla-

man su devoción estrecha: la observancia rígurosa del descanso dominical, las oraciones y los ayunos públicos, en fin, su piedad rígida.

Dos causas explican por qué conserva la religión más vida y autoridad entre las clases ilustradas entre los protestantes.

Primeramente, el catolicismo, por sus multiplicados dogmas, sus ceremonias, muchas veces pueriles, sus milagros y sus peregrinajes (1), se coloca fuera de la atmósfera del pensamiento moderno, mientras que el protestantismo, en razón de su sencillez y de sus formas variadas y perfectibles, puede adaptarse á ella. Dice muy bien Renan: «La formación de sectas nuevas, que reprochan »los católicos á los protestantes, como una señal de debilidad, »prueba, al contrario, que el sentimiento religioso vive aun en »estos últimos, puesto que es creador en ellos. No hay nada más »muerto que lo que no se mueve.»

La apatía con que recientemente se han aceptado dos dogmas nuevos, que en otro tiempo hubieran levantado la oposición más viva y conducido al cisma, es el síntoma de una increíble postración de la vida intelectual en el seno del catolicismo. Los excesos de la superstición conducen inevitablemente á la incredulidad. El reto arrojado por la Iglesia á la razón conduce á los que rehúsan abdicar de su uso, á rechazar toda especie de culto. Un literato francés, M. Géruzet, ha pintado esta situación con un rasgo que toca á su fondo: «Un padre de familia que cree en Dios, sin creer »en San Cupertín, se halla bien embarazado entre hijas devotas é »hijos ateos. Dios nos libre del ateísmo y del cupertinaje» (2). Evidentemente el cupertinaje hace nacer el ateísmo, y los dos han conducido á la Francia á donde la vemos, porque ya no hay sitio para una religión razonable.

(1) Agassiz, en su *Viaje al Brasil*, escribe, á propósito de la influencia del catolicismo en aquel país:

«El cura es el institutor del pueblo. Hay que cesar de creer que el espíritu puede contentarse por todo alimento con procesiones grotescas, con santos pintados, círios encendidos y ramales baratos. Mientras que el pueblo no reclame otro género de instrucción religiosa, irá deprimiéndose y no se elevará.»

(2) Al trazar la biografía de Géruzet, Prevost-Paradol cita también una palabra suya, irreverente, pero picante: «Las naciones que se abandonan, se cubren de monjes. Son los parásitos del cuerpo social.» Algunas excepciones habría que hacer ~~caso~~ en este punto.

El catolicismo engendra una indiferencia tan completa en materia religiosa, que no hay siquiera la fuerza que seria necesaria para salir francamente de la Iglesia. Se ven protestantes hacerse católicos, porque, conservando alguna fe, buscan el culto verdadero y creen que Roma se le ofrece. Pocos católicos se hacen protestantes, porque se han hecho hostiles ó indiferentes á toda clase de religion. Esta indiferencia sirve todavía á la Iglesia, porque impide sustraerse completamente á su autoridad, y ella acaba siempre por volver á apoderarse de los hijos de sus adversarios.

El segundo motivo que conduce á los pueblos católicos á la incredulidad y á la *clerosofia*, es que mostrándose la Iglesia hostil á las ideas y á las libertades modernas, todos los que son adictos á ellas se ven con frecuencia impulsados, á pesar suyo, á detestar y combatir á la Iglesia. El grito de odio de Voltaire, «aplastemos al infame,» se hace en todas partes y lógicamente la consigna franca ó oculta del liberalismo. El liberal ataca y debe atacar sin descanso á los curas y á los frailes, porque estos quieren avasallar la sociedad al Papa y á sus delegados los obispos. No puede aquel respetar el dogma por cuyo medio se le quiere arrebatar la libertad.

Hemos manifestado el hecho y las causas del hecho; veamos ahora sus consecuencias.

La primera es, que los países que se insurrecionan contra Roma en nombre de una simple negacion ó de una duda razonable, no consiguen librarse de su dominacion. Nunca hizo nacion alguna esfuerzos más violentos que la Francia para lograr este designio. Empleó en esto todos los medios con un vigor y un brillo incomparable: los razonamientos de la filosofía y la burla de los cuentos, la sátira de la comedia y la elocuencia de la tribuna, la antorcha de los incendiarios, la piqueta de los demoledores y el hacha del verdugo.

En estos momentos (1875) acaba de entregar el clericalismo en Versailles la enseñanza á los jesuitas, y prepara la vuelta de un reinado completamente adicto á la Iglesia. La influencia de esta crece rápidamente y se hará algun dia irresistible, como en Bélgica. Esto proviene de que en materia de religion solo se mata reemplazando. Si en política se inclinase ante la lección de los hechos como en las ciencias naturales, se admitiría esta verdad

como un axioma por todas las gentes despreocupadas. El libre pensamiento no romperá la dominacion de la Iglesia; más bien la afirmará por el espanto que inspira, porque no responde á las profundas necesidades del corazon humano.

La tentativa de destruir el catolicismo sin reemplazarle no consigue pues su objeto, pero da nacimiento al espíritu revolucionario. Notad cuán peculiar es en todas partes este espíritu á los pueblos católicos, en América como en Europa, mientras que los observadores se sorprenden de no encontrarle ni aun en las democracias radicales de los Estados Unidos. Los protestantes respetan la ley y la autoridad. Los católicos, no pudiendo ni formar la libertad ni pasarse sin ella, hacen necesario el despotismo y no se resignan á sufrirle. De ahí un fermento de rebelion siempre en actividad. Cuando el mal llega á su último término, el país gira de la anarquía al despotismo y del despotismo á la anarquía, consumiendo sus fuerzas en la lucha de partidos irreconciliables. Ésta es la imágen que nos ofrecen España y otros Estados que llegan á semejante situacion. ¿De dónde viene el mal? Hé aquí la causa, segun yo creo.

No es posible la libertad regular sin buenas costumbres. Pues bien; los ministros del culto son, en realidad, los únicos que hablan al pueblo de moral y de deber. Desestimados en el espíritu de las masas, ¿quién les reemplazará en este indispensable oficio? Seguramente que no serán los libres pensadores. Guizot lo ha dicho admirablemente: el cristianismo es una gran escuela de respeto. Si para defender la libertad quebranta el ultramontanismo liberal la autoridad del catolicismo, como está necesariamente obligado á hacerlo, desaparece el mismo respeto por la autoridad legítima y es reemplazado por un espíritu de oposición, de desdoro, de odio y de insurrección. Así nace el temperamento revolucionario de los pueblos católicos. (1) Solo viven tranquilos completamente sometidos á Roma, como antiguamente la España y hoy el Tirol. Si ensayan emanciparse, difícilmente escapan á la anarquía.

(1) «Para nosotros los franceses» escribia recientemente M. Deschanel en *El Nacional* «libertad y revolucion son sinónimos, porque con mucha frecuencia lo han sido autoridad y opresion »

VI.

En cuanto á reformas sociales, todo es fácil con el apoyo del clero; sin él, ó á su pesar, todo es difícil y á veces imposible. Ved la enseñanza primaria.

Decretad la instrucción obligatoria con el concurso del pastor, como en los países protestantes, y llegareis á conseguirla. Pero, al contrario, si el sacerdote es hostil ó indiferente, como en los países católicos, no se observa la ley; no hay más que ver la estadística escolar de Italia. Dejad entrar en la escuela al cura á título de autoridad, como en Bélgica, él prepara el triunfo de la teocracia. Espulsadle, él hace caer la escuela, porque la hace desertar. Por otra parte, ¿dareis á los institutores en vuestras escuelas normales un espíritu de resistencia y de hostilidad al clero para que le comuniquen á sus discípulos? En ese caso destruireis inevitablemente el sentimiento religioso, y formareis un pueblo ateo. La lógica os impulsa, y el «libre pensamiento» os convida á ello. ¿Estais preparados para esto?

En los países protestantes, en América, en Holanda, tenéis una escuela laica, no sectaria, pero enteramente penetrada del sentimiento cristiano. En un país católico no podrá vivir la escuela laica más que por una lucha violenta contra el clero, que querrá matarla, por lo cual será inevitablemente anti-religiosa.

En cuanto á las temibles cuestiones sociales, que comprometen á los trabajadores y á los capitalistas, el cristianismo tiene soluciones, porque conduce al reinado de la justicia por la fraternidad y la abnegación que predica. Entre maestros y obreros verdaderamente cristianos no podrá surgir dificultad alguna, porque preside la equidad á la repartición de los productos. Nosotros sentimos demasiado el espantoso vacío producido por la debilitación de los sentimientos religiosos, resultado de la lucha forzosa que sostenemos contra la única forma de culto que conocemos. En los países protestantes, al contrario, los ministros del culto están bien mirados por todas las clases de la sociedad, y con su intervención pierden los conflictos su aspereza bajo la influencia cristiana, cuyos órganos respetados son ellos.

En su bello libro sobre la revolución francesa, Quinet demues-

tra hasta la evidencia, que si no ha producido éxito ese prodigioso esfuerzo de emancipacion, es consecuencia de las resistencias religiosas, y de aquí concluye que no puede reformarse profundamente la constitucion civil y política de un pais sin reformar tambien el culto. La sociedad civil y política copia las formas de la sociedad religiosa y se constituye sobre el mismo modelo.

El sacerdote ejerce tal dominio sobre las almas, que les impone su ideal, al menos que no desarraigueis el sentimiento religioso, por el cual les gobierna. Ahora bien; las naciones se arriesgan á perecer en tales tentativas.

El progreso regular en los paises católicos es muy difícil, porque aspirando la Iglesia á establecer en todo su dominacion, se emplean las fuerzas vivas de la nación casi exclusivamente en rechazar las pretensiones del clero. Ved lo que pasa en Bélgica. Todo el esfuerzo de los partidos está concentrado en una sola cuestion, y los demás intereses, hasta el de nuestra defensa nacional y nuestra existencia independiente están subordinados á ellos. La lucha es tan ardiente, que ya dos veces hemos estado en vísperas de una conmocion violenta, y gracias solamente á la sabiduría del soberano, dos veces hemos escapado al peligro. Las fuerzas consagradas á luchar contra el partido clerical son fuerzas perdidas para el progreso, porque aun cuando la llevan, no tiene la victoria otro resultado que impedirnos caer bajo el yugo de los obispos.

El celibato de los curas, la absoluta sumision de toda la jerarquía eclesiástica á una voluntad única, y la multiplicacion de las órdenes monásticas, constituyen para los paises católicos un peligro desconocido en los paises protestantes.

Me admira que renuncie un hombre á los goces de la familia para entregarse á sus semejantes y á la verdad. San Pablo tenia razon: el que tiene una mision difícil de llenar, no debe casarse. Pero cuando todos los sacerdotes son por obligacion célibes, resulta de ello un gran peligro para el Estado, además de los peligros para las costumbres. Estos sacerdotes forman una casta, que tiene un interés especial, diferente del de la nación.

La verdadera patria del clero católico es Roma; él mismo lo proclama. Por consiguiente, si es necesario sacrificará á su país á la salud ó á la dominacion del Papa, jefe infalible de su culto, y

el representante de Dios sobre la tierra. Católico primero, y despues, si el catolicismo lo permite, belga, francés ó aleman; tal es el punto de vista del catolicismo, y no puede ser otro lógicamente.

Cuando estaba el partido liberal en el poder en Bélgica, y Napoleón III, antes de la guerra de Italia, se hacia defensor de la Iglesia, más de un cura flamenco me ha dicho: «Del Mediodía nos vendrá la salvacion.» Hoy no ocultan los ultramontanos alemanes que en interés de la Iglesia harian traicion á la Alemania. ¿No ha dicho un diputado bávaro en pleno Parlamento: «En vano levantais muchos regimientos; son católicos y se pasarán al enemigo?»

El monje conoce todavía menos que el cura una patria. Servidor del papado, desligado de los lazos locales, no vive más que en la Iglesia, que es universal, ni tiene otra mira que su reino, que seria el de él. ¿Cómo conservará el Estado su independencia en presencia del clero y del monaquismo, que quieren ser los amos y que tienen sujetas las masas por los medios de accion más poderosos, más irresistibles?

En los paises protestantes, los pastores son casados y tienen hijos; por lo tanto, tienen los mismos intereses y el mismo género de vida que los demás ciudadanos; están divididos en un gran número de sectas, por lo cual no obedecen á una misma consigna. No están sometidos jerárquicamente á la voluntad de un jefe extranjero, que persigue un sueño de dominacion universal. Son nacionales, porque su Iglesia es una Iglesia nacional. Son independientes del Estado, como en América, ó sometidos al Estado como en Inglaterra; no pretendén ser los amos del Estado, como en Francia ó en Bélgica.

La separacion de la Iglesia y del Estado es un principio que se esfuerza por prevalecer en todas partes. Puede conseguirse en los paises protestantes, como se ve en América, porque el clero allí se somete á ella. Pero en vano se le decretará en los paises católicos. La Iglesia, que pretende que lo temporal debe estar sometido á lo espiritual, como el cuerpo lo está al alma, no aceptará este régimen de la separacion más que en cuanto pueda aprovecharse de él para llegar á su objeto. Esta separacion será, pues, una añagaza ó una necedad. En un mismo hombre no

podeis separar el creyente del ciudadano, y ordinariamente los sentimientos del primero son los que inspiran los actos del segundo. Los ministros del culto ejercen sobre aquellos, que les creen los intérpretes de la divinidad, una autoridad mucho más grande que los magistrados, representantes del Estado; porque el sacerdote promete una felicidad eterna y amenaza con las penas del infierno, que no acaban, mientras que el laico no dispone más que de penas y recompensas terrestres y temporales. Por el confesionario domina el sacerdote al soberano, á los magistrados y á los electores, y por los electores, á las Cámaras. Por lo cual, mientras disponga de los sacramentos, la separacion de la Iglesia y del Estado no es más que una peligrosa ilusion.

Gobernar con el clero, es avasallar la nacion; y gobernar contra él, es poner en peligro toda autoridad. Gobernar á su lado como si no existiera, seria lo más prudente; pero esto es lo que él no permite. El que no está por mí, está contra mí, dice. Por consiguiente, es necesario resignarse á obedecerle ó á resistirle, y yo no podria decir qué partido es el más seguro.

Las naciones católicas del continente han tomado prestados á la Inglaterra y á la América principios é instituciones que, nacidas del protestantismo, dan buenos resultados bajo su influencia. Pero se empieza á ver en el continente, á dónde conducen, cuando son combatidos ó explotados por un clero ultramontano. Cuando las masas pierden la fe, como en España ó Francia, vienen á parar en desorden; y cuando la conservan, como en Bélgica, en el reinado de los obispos.

El estudio atento y desinteresado de los hechos contemporáneos parece, pues, llevar á esta desoladora conclusion: que las naciones católicas no llegarán á conservar las libertades nacidas del protestantismo. Si estuvieran aisladas, sometiéndose á la dominacion absoluta de la Iglesia, acaso podrian gozar de una felicidad pacífica y de una vida mediana y dulce; pero parece amenazarles en un porvenir próximo, un peligro de fuera, á menos que no rehusen obedecer la voz del episcopado.

Buckle, entre los méritos de nuestro siglo, contaba el de la indiferencia, que nos preservaba de las guerras de religion. Nuestro tiempo no conservará esta ventaja, si lo es. Todo parece prepararse para un gran choque, uno de cuyos principales móviles será

la religion. Ya en 1870 el ultramontanismo es el que arrojó á la Francia en guerra contra Alemania. Si llegan al trono Enrique V ó Napoleón IV, será con la ayuda del clero, y este impulsará á una nueva cruzada para librar á sus hermanos perseguidos allende del Rhin, cuyo apoyo se prometerá. Los estados en que domine el partido clerical serán arrastrados probablemente á la guerra santa. Hé aquí la política que predicen en Francia el *Univers* y en otras partes los demás órganos de la curia romana: La restauracion de los soberanos legítimos en los paises latinos, la España, la Italia y la Francia; Roma devuelta al Papa, y el dominio supremo á la Iglesia; la vuelta á los verdaderos principios de gobierno, es decir, á los que proclaman el *Syllabus* y la tradicion católica; hé aquí el grandioso plan cuya realization persiguen los ultramontanos por todas partes.

¿Llegarán á conseguirlo? ¿Quién lo puede decir? Pero si sucumben en este supremo asalto contra el protestantismo, ¿cuál será la suerte de los vencidos? Se extremece uno pensando en las desgracias que prepara á la Europa la quimera de dar á la Iglesia la dominacion universal, que ella reivindica en este momento con más audacia y encarniza niento que nunca.



NOTA. El año 1875 se dió á luz una obra, *Comment les peuples deviennent libres*, cuyo autor es Mr. A. Albrespy, que sostiene, pero con mayor desarrollo, la tesis de Mr. Laveleye sobre el porvenir de los pueblos católicos. A ella remitimos á las personas que quieran estudiar hasta en sus detalles una cuestión de tan gravísima importancia.

Véndese este folleto en la

LIBRERÍA NACIONAL Y EXTRANJERA

59, Jacometrezo, 59

Rvn.

y en las principales librerías al precio de 2

OBRAS PUBLICADAS EN LA MISMA LIBRERÍA

E. Laveleye.—*El porvenir religioso de los pueblos civilizados*, traducido por D. Javier Galvete 2

Estos dos folletos del ilustre escritor belga han alcanzado en Francia y Bélgica un éxito tan extraordinario que en pocos días se han agotado tiradas de 50.000 ejemplares. Las cuestiones que tratan son del mayor interés y de actualidad para nuestro país.

W. T. Gladstone.—*Los decretos del Vaticano en relación con los derechos civiles* 2

Es el folleto más célebre y ruidoso que se ha publicado en nuestros tiempos. Está traducido en todas las lenguas de Europa.

Javier Galvete.—*Juan Howard. Apuntes biográficos* 2

La biografía de Howard, «hermosa y simpática figura, gran bienhechor de la humanidad, con que se honran los tiempos modernos,» es la primera de una serie de filántropos y reformadores, y está escrita con elegante concisión.

S. de Villarminio.—*La novela de Luis* 12
En provincias 14

Es una obra interesante que describe las costumbres alemanas en relación con las de nuestro país. Copiamos de *El Imparcial* del 21 de Febrero solo las últimas palabras: «El Sr. Villarminio es un autor que sabe pensar lo que escribe y piensa sobre temas muy dignos del estudio de sus conciudadanos.»

REFORMADORES ESPAÑOLES DEL SIGLO XVI

		Madrid	Provincias
I.	<i>Juan Pérez.—Doctrina útil</i> reales	4	5
II.	— <i>Epístola consolatoria</i>	3	4
III.	<i>Cipriano de Valera.—Tratado para los cautivos de Berbería</i>	2	3
<i>Mártires de España.—Historia verdadera del tiempo de Felipe II</i>	3	4	
<i>Breve del Papa Clemente XIV contra los jesuitas</i>	1,50	2	
<i>F. Godet.—Jesucristo y su obra</i>	2,50	3	
— <i>El origen de los cuatro Evangelios</i>	3	3	
<i>Diccionario bíblico</i> , en rústica 6 reales, en pasta.....	8	10	